

IDEOGENIA

TEORIA ESCOLASTICO PERIPATETICA: COROLARIOS (1)

En el análisis, que durante el año hemos realizado de los fenómenos de conciencia por la introspección de la misma, hemos descubierto en el orden cognoscitivo dos series de actos: unos, como la visión, audición, etc. imaginación y memoria sensitiva; los cuales nos han dado el conocimiento de seres materiales, extensos y concretos, o por mejor decir, de su figura meramente exterior; siempre material y extensa, y sin concepto ninguno de relación o trabazón con los demás seres del universo.

Y reflexionando con alguna mayor atención, hemos descubierto asimismo en la idea, en el juicio y en el raciocinio, otra serie de actos de orden muy superior; no de percepción meramente de superficie detenida como en el tacto y demás sentidos por la resistencia de la materia; sino de penetración honda y mirada profunda en lo íntimo del ser de cualquier ser: ni concreta e individual solamente de este hombre, o de esta mujer, sino generalísima del hombre y de la mujer en general: ni de seres corpóreos solamente, sino de seres inmateriales y espíritus puros, Dios, el Angel, y aun de seres abstractos, como ciencia, virtud y de las relaciones existentes entre los mismos; por medio de todo lo cual puede el genio formular las grandes síntesis filosóficas del universo.

Es privilegio de los grandes genios el don de la mirada profunda en lo íntimo de los seres y el de la intuición de las relaciones existentes entre los mismos; de donde las miradas de conjunto, o síntesis distintas filosóficas.

Como la visión, audición, etc. e imagen de la imaginación realizadas mediante los órganos corpóreos son actos materiales, y como tales, comunes al hombre y animales privados de razón; el raciocinio, el juicio y la idea producidos solamente por el entendimiento inmaterial

(1) Conferencia dada en el Centro de Estudios Religiosos, para señoras y señoritas, el 13 y 17 de octubre de 1924.

e inextenso, son igualmente inextensos, inmateriales y espirituales.

Ahora bien: No hay un abismo infranqueable entre lo extenso y lo inextenso? La escuela cartesiana del siglo XVII no dió ya el fallo irrevocable de la imposible interacción o mutuo influjo de la materia y del espíritu?

¿No predica y repite a voz en cuello la filosofía moderna el absoluto aislamiento de nuestra mente encerrada y encarcelada dentro de la masa cerebral, sin comunicación posible con el mundo exterior?

Si esto es así, qué confianza podremos tener en nuestras ideas, sobre todo en cuanto representativas de las realidades o noumenos del mundo corpóreo e incorpóreo?

Por estas y otras grandes dificultades se ha presentado desde la más remota antigüedad el muy difícil problema del origen de las ideas, en cuya solución han terciado los genios más grandes del humano saber.

Platón, Aristóteles, San Agustín, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Escoto, Suárez, Descartes, Locke, Hume, Kant y todos los filósofos modernos.

Las distintas soluciones dadas al presente problema marcan, por decirlo así, el *divortia aquarum* de todas las filosofías antiguas y modernas.

TEORIAS PRINCIPALES

Son tres; la empírico-sensualista, la innatista y la peripatética.

Teoría empírico-sensualista: Esta resuelve el problema con la mayor facilidad: como no reconoce en la idea, juicio y raciocinio entidad esencialmente distinta y superior a la sensación e imagen de la imaginación; no ve dificultad ninguna en la formación de la idea; sería ésta una sensación más refinada, a la manera que la imagen imaginativa lo es con respecto a la sensación. (1)

Teorías innatistas: Reconociendo estas en su conjunto las dificultades arriba mencionadas, establecen que en el decurso de la vida no formamos ni adquirimos ninguna idea nueva intelectual.

Lo que acontece, según dichas teorías es que con ocasión de las

(1) A las teorías sensistas puede añadirse la de Spencer, quien por lo que se refiere al origen de los primeros principios en la mente, presenta como razón suficiente la *experiencia* con los hábitos de raza originados de la observación ancestral *condensada* y *trasmitida* por la generación.

Con esto tiene Spencer la pretensión de poner en armonía las formas *a priori* de Kant con el empirismo de Locke.

percepciones de nuestros sentidos, despiertan como de un letargo las ideas que desde antes de nuestro nacimiento estaban ya grabadas en la mente; v. g. las ideas de belleza, de bondad, de sabiduría, las cuales reaparecen en la conciencia ante la presencia meramente sensitiva de una persona hermosa, buena, inteligente.

Teoría escolástico-peripatética: Siendo inadmisibles las teorías empírico-sensualistas por ser contrarias a la razón y a la experiencia, como asimismo las innatistas, por todo lo que más adelante se dirá, fuerza es admitir la teoría peripatético-escolástica, que dando al sentido lo que le es propio, y a la razón y al entendimiento lo propio del entendimiento y de la razón, explica de un modo natural, bastante satisfactorio y muy de acuerdo con el sentido común el problema del origen de las ideas; no sin reconocer la dificultad del problema en verdad difícil y obscuro, al tratarse de lanzar el puente, que ha de unir el mundo de la sensación y de la materia con el de la idea y del espíritu.

Esta teoría, como lo vamos a ver luego, tiene su fundamento en la fuerza abstractiva del entendimiento humano.

TEORIA PERIPATETICO-ESCOLASTICA

Si restringimos el problema general del origen y formación de todas las ideas de nuestra mente, al del origen de una determinada idea la de caballo, v. gr.; el proceso psicológico total de dicha idea, como el de cualquier otra tiene dos estadios según la teoría general de Santo Tomás.

El primero toma como objeto de su estudio todo el proceso fisiopsicológico, que termina con la formación de la imagen de la imaginación que conocemos ya, y que vamos brevemente a repetir.

Y el segundo, nuevo en absoluto para nosotros abraza el proceso realizado únicamente por el entendimiento sobre la imagen de la imaginación, y que en nuestro caso terminaría con la formación de la idea de caballo.

Primer estadio: Formación de la imagen sensitiva. Si se presenta ante la vista un caballo, y el órgano está bien dispuesto, como anteriormente vimos, tiene lugar el fenómeno, denominado *impresión*: un rayo de luz, o varios reflejados por la superficie exterior de un caballo, pasando por los distintos medios refringentes del glóbulo ocular impresionan la región de los bastoncitos de la retina, y allí forman una imagen extensa y diminuta de aquel caballo particular.

Segundo fenómeno, la *inervación*: como sabemos, la retina está formada por la expansión en forma cóncava del nervio óptico, que desde el ojo se extiende hasta la región occipital del cerebro.

La impresión de la imagen del caballo en la retina produce una vibración, o modificación neural, que con velocidad de treinta a cincuenta metros por segundo se transmite hasta el cerebro, al cual se comunica luego la dicha vibración o modificación y aquí termina la *inervación*.

Tercer fenómeno: la *sensación*: lo mismo es entrar el cerebro en vibración o modificarse en virtud de la inervación la masa del cerebro, que realizarse instantáneamente la visión del caballo, de aquel caballo particular de que hablamos, y sólo de aquel.

Al hablar de las localizaciones cerebrales, encontramos una zona, en la región occipital, en la que con bastantes probabilidades establecimos el centro, o depósito de las imágenes sensitivas de orden visual, elaboradas por la imaginación, es decir por el alma conjunta e inmediatamente con el cerebro.

Por efecto, pues de la visión varias veces repetida del dicho caballo quedaría grabada en el cerebro una huella o impresión, que entrando de noche o de día, estando sanos o enfermos, en actividad o en vibración, tendría como resultado la aparición de la imagen del caballo, aun en ausencia del mismo: tal imagen es la imagen de la imaginación, o el *fantasma* en expresión de Santo Tomás.

Y aquí termina el primer estadio fisio-psicológico; que es como se ve un conjunto de operaciones de la materia sola, v. g. el fenómeno de la impresión en la retina; o fisiológicas del organismo animal; nervios, cerebro aunque vitalizados por el alma; o psicológicas, visión, imaginación; resultado de la cooperación simultánea del alma y del cerebro; operaciones que tenemos en común con los irracionales.

Segundo estadio: Formación de la idea. Hasta el momento presente, cuantos conocimientos se han originado en nosotros, visión, audición, imagen de la imaginación, etc., por haberse realizado bajo la acción e inmediata dependencia de órganos corpóreos, son de orden meramente material y sensitivo.

Pero nuestra alma produce además actos cognoscitivos sin valerse ni ayudarse para su producción ni de los órganos de los sentidos, ni de los nervios, ni del cerebro.

En esto procede el alma casi como puro espíritu, y en algún modo como si estuviese separada en absoluto de la materia. Los actos

así producidos, por originarse solamente del espíritu son inextensos, inmateriales o espirituales.

Y a ellos pertenece la ideación, o formación inmediata de la idea, de que ahora principalmente tratamos.

Distintos actos intelectuales. Al hablar de los actos diferentes del entendimiento, hicimos mención de la *atención*, o concentración de la actividad mental sobre un objeto o un determinado punto del mismo; de la *comparación*, especie de atención alternante ahora sobre un objeto, ahora sobre otro, con lo cual apreciamos las semejanzas y desemejanzas de los mismos; de la *abstracción*, por medio de la cual el entendimiento separa mentalmente una cualidad de otras, con las cuales está o identificada o íntimamente unida en la realidad; y por medio de dicha abstracción fija el entendimiento de tal modo su atención sobre una de dichas cualidades, como si las demás o no existiesen, o estuviesen realmente separadas. Si Kant hubiese solamente reconocido esta energía abstractiva de nuestro entendimiento, jamás hubiese podido lógicamente idear la obra ruinosa de la *Crítica de la Razón*.

En esta actividad abstractiva se funda como ya indicamos, y de ella inmediatamente se origina la formación de la idea.

En efecto: para que una placa fotográfica represente actualmente este o aquel rostro, un paisaje, o bien el caballo a que nos referimos: dos cosas son absolutamente necesarias; primero, la acción de un estímulo o excitante que impresionando la dicha placa, produzca en ella una modificación o un cambio; y no un cambio cualquiera sino tal por el que la placa, y esto es lo segundo, que hay que tener muy principalmente en cuenta, se asimile la figura exterior del rostro, del paisaje, o del caballo.

Por consiguiente como la placa fotográfica, cual ella es en sí y de por sí no contiene imagen de ninguna clase; el estímulo ha de ser o contener en sí mismo alguna semejanza del objeto cuya imagen reproducirá la placa fotográfica.

De no ser así, sería imposible explicar porque ésta o la otra placa son imágenes de este objeto y no de otro.

Por semejante manera ha de acontecer en nuestro entendimiento. Éste, a manera de placa espiritual, en el momento de tener esta o aquella idea, necesita también haber recibido en sí la acción de un estímulo más o menos imagen del objeto, mediante cuya acción se asimile de un modo inextenso e inmaterial el objeto, que a manera de placa mentalmente ha de reproducir.

Especie impresa, o estímulo intelectual. ¿Qué cualidades ha de tener, pues, el estímulo intelectual de que hablamos, denominado especie impresa por Santo Tomás y demás escolásticos?

Como es evidente, ha de ser tal, que a su actividad y energía reaccione el entendimiento, facultad inmaterial.

Primeramente, pues, el dicho estímulo ha de ser igualmente inmaterial; y segundo debe ser también imagen inextensa del objeto.

Acción abstractiva del entendimiento. Si por lo que acabamos de decir, el estímulo intelectual debe ser inextenso y en algún modo imagen igualmente inextensa del objeto, en nuestro caso, de un caballo que es extenso y material, ¿de dónde puede provenir estímulo de tal naturaleza?

En manera alguna puede inmediatamente originarse de los objetos del mundo exterior, materiales y extensos; colocados además como están fuera de la masa cerebral, en donde se halla y obra el entendimiento, no lo pueden impresionar.

¿Podrá entonces dicho estímulo originarse de la sola imagen de la imaginación o del fantasma?

Este como obra de la imaginación, facultad del alma está adherida a ésta, a la cual lo está asimismo el entendimiento, como facultad de la misma alma.

Si pues, el entendimiento está adherido al alma inextensa, y el fantasma, como acto inmanentemente le está igualmente adherido; entendimiento y fantasma pueden estar en algún modo respectivamente unidos, o no distanciados: la distancia o separación no será obstáculo ninguno para la mutua interacción.

Si el entendimiento fuese material y extenso, todo el problema quedaría ya resuelto; la imagen obraría por sí sola inmediatamente sobre la mente, de cuya reacción podría originarse la formación de la idea.

Pero aquí se presenta con todo su vigor la célebre dificultad cartesiana.

La imagen de la imaginación como extensa, no puede tener acción sobre el entendimiento inextenso.

Creo que el problema sería insoluble, si no acudiésemos a la energía o actividad abstractiva del entendimiento humano.

Por vía de comparación; una espada cortante de dos filos, qué mal podrá hacer a la substancia del ser angélico que pretendiese atravesar? Tal suposición es una quimera; por razón análoga la imagen de la imaginación por sí sola, y no desmaterializada jamás podrá impresionar ni modificar la placa espiritual del entendimiento.

Nihil corporeum potest imprimere in rem incorpoream. Nada má-

terial y corpóreo puede impresionar un ser espiritual e incorpóreo, dice Santo Tomás.

Desmaterialización del fantasma. En la solución del problema de la interacción de la imagen imaginativa y del entendimiento, hay que tener en cuenta que no obra la imagen sobre el entendimiento, sino el entendimiento sobre la imagen, depurándola, o desmaterializándola.

De acuerdo con esta idea, así se expresa el *Éximio Suárez*. Siempre y cuando fantaseamos algo, simultáneamente con la imagen del objeto sensible, hay otra del mismo objeto del que es imagen el fantasma, que nuestro entendimiento pinta como con caracteres espirituales en virtud de la fuerza abstractiva de que está dotado.

La imagen de la imaginación, ofrece, diríamos como las materias primas que depuradas, espiritualizadas bajo la acción abstractiva de la mente podrán impresionar la placa espiritual del entendimiento.

Su efecto sería un algo que como a ciegas, pues de ello no tenemos conciencia, automáticamente producido por el entendimiento representaría la misma naturaleza que la imagen de la imaginación, aunque de un modo inextenso, superior y más perfecto (1).

La convicción que el divino Platón tuviera de la absoluta imposibilidad en que se hallan los objetos materiales y sensibles de revelarse inmediatamente por si mismos a nuestro entendimiento, le indujo a la célebre teoría de las *ideas*, o de aquellos seres divinamente

(1) Hay que tener en cuenta, dice Suárez, que cuando decimos que la especie (estímulo intelectual) es abstraída de la imagen o fantasma, no lo entendemos en el sentido en que estando ella como antecedentemente mezclada con el fantasma, el entendimiento agente la sacara de ahí y la trasplantara al entendimiento posible. Tal idea sería sumamente pueril.

La *abstracción* de la especie por parte del entendimiento consiste en que éste con su propia energía produce una como imagen de carácter espiritual, que representa la misma naturaleza que el fantasma, pero de un modo espiritual; de modo que damos el nombre de abstracción a la acción intelectual con que la representación material del fantasma es elevada a la representación espiritual de la especie inteligible; de donde se deduce que la abstracción no es acción directa de la producción de la especie. (De *Anima*, lib. IV, c. 2, 818).

Y Santo Tomás: el entendimiento agente abstrae las especies inteligibles de los fantasmas, en cuanto por la energía del entendimiento agente podemos recibir en nuestra consideración las naturalezas de las especies sin la nota de individualidad. (I, q. 85, a. 1, ad 4).

Por lo visto la idea de *abstracción* proviene de que como el concepto formado por el entendimiento es expresión de los atributos esenciales del fantasma, se dice del modo explicado por Suárez que los dichos atributos son abstraídos del fantasma.

ideales, y que formaran las delicias de aquel paraíso perdido: belleza en sí, amor en sí, bondad en sí misma y demás, como lo recordarán ustedes del estudio de la filosofía de Platón.

Y algo así debiera necesariamente acontecer, a no estar dotada nuestra mente de la facultad de abstraer, y como de atraer hacia su penetración y mirada intelectual lo que de material existe en todos los seres; es decir la esencia o la naturaleza, algo como concreción de la idea divina que presidió en la formación de todos los seres, y que oculta al sentido, se revela a quien tenga ojos espirituales para descubrirla.

Según esta doctrina la imagen de la imaginación presenta inmediatamente al entendimiento las líneas, color, forma o figura exterior por ejemplo de este caballo en particular: el alma o la mente arranca de aquel conjunto de líneas y colores, entidades, proporciones y datos tales que recibidos en el entendimiento le darán la visión de la naturaleza y esencia del caballo, y de todo caballo para el caso particular de que hablamos; es decir, la idea del caballo.

Una comparación: Los sentidos les darán por ejemplo, la visión de este o de aquel traje particular, que habrá sido confeccionado de acuerdo con este o aquel estilo con las consiguientes líneas y colores; los sentidos no dan más. Pero el entendimiento obrando sobre la imagen de la imaginación podrá darles luego la visión intelectual de las proporciones y medidas que necesariamente estuvieron en vigor en la confección de dicho traje; las cuales relacionadas a veces con tales determinadas especies de colores formarán en conjunto la naturaleza y esencia de aquel traje; tanto es así, que siempre que se apliquen dichas proporciones en la confección de trajes, necesariamente darán un traje de aquel estilo y no de otro.

Los sentidos nos presentan solamente determinadas líneas y colores, pero el entendimiento sabe leer en ellos la ley general de proporciones que estuvieron en vigor en la confección de aquel traje, y que necesariamente serán la ley de cualquiera otro traje, si ha de ser aquel mismo estilo; la tal intelección o idea será visión de la ciencia de tal traje (1).

(1) No hay que olvidar, sin embargo, que la idea o concepto claro y definido de la esencia de un ser generalmente se obtiene por el conjunto de los actos intelectuales de que ya hablamos: atención, comparación, abstracción, inducción, generalización, los cuales terminan con la *denominación* o formación de un nombre, símbolo verbal que se aplica a manera de etiqueta a todos aquellos objetos, en los cuales se hallan los atributos esenciales correspondientes al ser de una determinada naturaleza o esencia.

Si resumimos todo lo dicho hasta el presente, y de general conformidad con la doctrina de Santo Tomás respecto a la energía desplegada por nuestro entendimiento en inmediato contacto con el fantasma, tenemos primero; que el entendimiento sale como al encuentro de la imagen o fantasma; segundo, en contacto con el mismo, abstrae de él como a ciegas, con su propia energía espiritual el estímulo o determinante inmaterial, que conteniendo en algún modo la imagen, en nuestro caso del caballo, es recibido por el mismo entendimiento, lo impresiona y determina a la visión intelectual, o formación de la idea de caballo.

A tal operación, da el Santo Doctor el nombre de iluminación del fantasma: pues a la manera que entrando el sol, o haciéndose luz en la obscuridad, por efecto de tal iluminación se hacen actualmente visibles los objetos que estaban a obscuras antes de ser iluminados: del mismo modo la esencia o naturaleza de cualquier objeto es actualmente visible o intelegible para el entendimiento, en cuanto el fantasma se halla iluminado por la fuerza abstractiva del entendimiento.

Lo que antes era sensible, es decir solamente perceptible al sentido, se hace inteligible o visible para el entendimiento.

INTELECCION, IDEA

Por haberse formado en la retina solamente la imagen extensa de un caballo, con exclusión de los demás fenómenos que intervienen en la percepción, tenemos ya con ello solo la visión de un caballo?

Si esto fuera así, también verían los muertos. Pues en su retina no entrada en descomposición se graban las imágenes; y sin embargo no ven.

Pues, tampoco tendremos la idea intelectual de una naturaleza o esencia, por haberse grabado solamente en el entendimiento la imagen inmaterial de un objeto elaborado por la acción abstractiva del entendimiento, denominado *agente* en tal función o ejercicio.

Pero, como producida la impresión en la retina y llegada la consiguiente modificación nerviosa al cerebro, surge inmediatamente en la conciencia la visión orgánica del caballo por ejemplo; así también llegado al entendimiento y en él recibido el estímulo inmaterial por él elaborado, vehículo a su vez de la imagen de la esencia del caballo, seguiráse automáticamente en nuestra conciencia la visión intelectual, no ya de las formas exteriores del caballo, sino de su

ser íntimo, con profunda penetración no solamente de este caballo, sino de todo y de cualquier caballo.

Imaginar un hombre decíamos con Bossuet es representarnos fantásticamente la forma o figura exterior de un hombre; pero tener idea del hombre es tener representación intelectual de su ser íntimo y total, es decir de la naturaleza o esencia del hombre.

En la fraseología de Santo Tomás y de los escolásticos en general, dáse al entendimiento la denominación de *agente* en su función depuradora de la materialidad concreta de la imagen o fantasma; y la denominación de entendimiento *posible*, y aun paciente, al mismo en su función de recibir el dicho estímulo y tener la visión intelectual o la idea.

Esta a su vez recibe distintos nombres a saber, verbo mental o especie expresa: llámase especie expresa por ser ella expresión de la razón o esencia del objeto: se denomina verbo mental por ser la idea expresión interna de la mente, con la que a modo de palabra interna nos hablamos, y dialogamos en nuestro interior.

Nunca nos hablamos con fantasmas, siempre con pensamientos; y por ello los irracionales no pueden hablarse a sí mismos (1).

Finalmente, la visión se llama idea, del griego *idea* que significa aparición o forma; por ser el dicho acto mental aparición en la conciencia o revelación interior del ser cuya idea tenemos en la mente.

Este proceso aplicado en sus debidas proporciones a la generación de todas las demás ideas nos presenta la teoría general de su origen según la doctrina de Santo Tomás y de los escolásticos en general.

(1) Jamás podrá un irracional tener una representación de conciencia por la cual se interrogue a sí mismo como los seres dotados de razón lo hacemos con nosotros mismos, diciéndonos por ejemplo: *qué es esto*.

¿Por qué razón? porque con la pregunta precedente se busca el concepto correspondiente a la naturaleza, substancia o esencia de los objetos solo conocidos por el entendimiento; y los irracionales solo alcanzan de las cosas el conjunto de cualidades sensitivas, que a manera de ilusión o fantasma puede presentarse a la vista o a la imaginación sin el contenido de la realidad, o ser de la substancia o esencia oculta debajo las apariencias, e impenetrable al sentido.

Cualquier respuesta apropiada dada a la pregunta *qué es esto*, sería expresión más o menos clara de la naturaleza o esencia de un ser, o de lo que constituye su ser.

COROLARIOS

Supuesta la verdad de la precedente teoría acerca del origen de las ideas, tan de acuerdo con el ser sensitivo racional del hombre, y el modo común de proceder y sentir de las gentes; están minadas en su fundamento, y se deshacen como vanos castillos de naipes todas las demás teorías sobre el origen de las ideas.

Tales son en primer lugar las teorías empírico-sensistas de Locke y Condillac, para quienes la fuente única de nuestros conocimientos son los sentidos materiales; y lo que denominamos razón y entendimiento, o no existiría, o lo que viene a ser lo mismo, sería resultante única del conocimiento material y sensitivo muy refinado; semejante teoría es generalmente adoptada por la moderna psicología *Crítica*. En el análisis de nuestros actos mentales nos hemos hallado en presencia de ideas generales y abstractas, no fragmentarias y sin trabazón, sino íntimamente relacionadas entre sí; en oposición a lo concreto material y sensitivo (1).

Como tales representaciones tienen caracteres esencialmente opuestos; luego exigen facultades esencialmente distintas que las hayan producido: el sentido material y la razón inmaterial.

(1) Como ejemplo de la pretendida identidad esencial entre la sensación y la idea, véanse las siguientes citas sacadas de Hume, Condillac y Spencer.

«Los distintos grados de fuerza y de vivacidad vienen a ser la señal distintiva por la cual todas nuestras percepciones se dividen en dos clases. Se da el nombre de pensamientos o de ideas a las percepciones menos fuertes y menos vivas.

Con el nombre de *impresiones*, entiendo las percepciones que tienen un cierto grado de fuerza, como las de la vista, del oído, del tacto. Y poniendo en parangón las ideas con las impresiones, entiendo por ideas las percepciones menos vivas que nos afectan.» (Hume, *Ensayos filosóficos sobre el origen de las ideas*).

«Todas las facultades están comprendidas en la facultad de sentir. Las sensaciones consideradas como representación de los objetos sensibles se llaman ideas. (Condillac, *Lógica*, parte 1.^a, c. 7).

«En virtud de las tendencias que tienen los estados vivos de conciencia (impresiones fuertes) a adherirse a las formas de estados de conciencia anteriores y parecidos, se *forman* lo que denominamos ideas.» (Spencer, *Psicol.* par. 76).

Ideas parecidas hallaríamos en Taine, Ribot, Fouillée, aunque psicólogos hay como Binet, Janet, etc., que no comprenden cómo la imagen pueda ser reducida a la idea.

La escuela asociacionista en el fondo no difiere de las precedentes. A todo lo cual podríamos responder con el célebre dicho de Platón, en el Teteo. Pero si sentir es saber, ¿por qué no son sabios los animales?

Caen igualmente faltas de sólido fundamento todas las teorías innatistas e idealistas.

Y primeramente la de las reminiscencias de Platón; sabemos que este filósofo pretendió hallar el origen de las ideas en la contemplación de aquellos modelos ideales y típicos de todo ser; y que con ocasión de presentarse a la vista cosas bellas, personas puras y buenas etc., despertarían de su letargo las ideas de belleza, de bondad, o de pureza adquiridas por la vista de aquellos seres ideales, pero adormecidas, olvidadas al sentirse el alma encerrada en la cárcel de su cuerpo.

Además de estar la teoría platónica en flagrante oposición con la conciencia de que en el decurso de la vida no sólo tenemos concepto de reminiscencias de cosas olvidadas, sino que asimismo además tenemos la convicción de que vamos adquiriendo conocimientos de cosas que habíamos ignorado antes; ninguna necesidad tuviera Platón de semejante teoría, con sólo admitir la virtud abstractiva de nuestro entendimiento, como con intuición y penetración profundísima la viera y explicara el eminente discípulo de la Academia y fundador del Liceo, Aristóteles.

Por semejante razón tampoco quedan en pie la teoría innatista de Descartes y la pueril de la armonía preestablecida de Leibniz y las de otros innatistas cristianos, Malebranche por ejemplo.

Todos estos atribuyen el origen de las ideas, sobre todo de las abstractas a una acción de Dios, por la que se infundirían en el alma las ideas en el momento de la creación, o las veríamos en Dios continuamente, por ser él según los ontólogos objeto primordial del entendimiento.

Todas estas teorías no vienen a tener otro fundamento, que el que fuera el gran caballo de batalla de la Filosofía cartesiana; a saber, la imposible interacción y mutuo influjo de lo extenso e inextenso.

Dice el cartesianismo: tenemos ideas abstractas; éstas no pueden ni remotamente originarse de los sentidos; luego Dios las infundió en el alma antes que naciéramos, o las contemplamos en él continuamente.

Kant podrá reponer: tenemos ideas, en manera alguna pueden ellas, objetivamente provenir de los sentidos, ni hay que acudir a Dios como a su causa; puesto que tales conceptos son fantasmagoría de la mente; luego las ideas son ficción meramente subjetiva del espíritu, sin correspondencia ninguna en el mundo extramental;

de aquí al idealismo puro no hay sino un paso, que con mayor lógica y audacia darán Fichte y Hegel (1).

Pero, ¿pudo Descartes cristiano y creyente lógicamente establecer la imposible interacción del espíritu y de la materia?

No admitía él la acción divina creadora del mundo corpóreo y extenso? Para que éste, materia informe saliese de la nada, y fuese luego tomando formas sucesivas, no debió recibir algún impulso del Ser necesario y espíritu purísimo, Dios?

Como aún dentro de los principios cartesianos es posible la interacción de lo extenso y de lo inextenso, y para la general explicación de los fenómenos, nunca hay que acudir a la Causa primera, si suficientemente podemos explicarlos por las causas segundas, o las criaturas: réstanos como explicación posible única, la presentada, es decir, la que se funda en la desmaterialización del fantasma merced a la energía abstractiva del entendimiento.

Solución asaz obscura, por tratarse de actos realizados en el inconsciente psicológico; pero que pierde mucho de su inherente dificultad y obscuridad, si tenemos en cuenta la unión íntima del alma con el cuerpo: de donde resulta la unidad de persona o de sujeto de acción y de atribución.

Problema de solución imposible para Descartes y demás prosélitos; los cuales consiguientes con su célebre teoría, consideran en el compuesto humano, alma y cuerpo como dos substancias completas,

(1) Comparando Maher, S. J., la doctrina evolucionista con las demás teorías acerca del origen y naturaleza de las ideas, dice lo siguiente:

a) El *evolucionismo* sostiene la existencia de ideas innatas, o de ciertos conocimientos oscuros, efectos de herencia *orgánica*, originada de ciertas formas de vida *inferior*, adquiridas por medio de la experiencia sensitiva durante un vasto período de siglos; y *consiguientemente* de gran validez dentro del campo de las experiencias posibles.

b) Platón sostuvo la existencia de conocimientos o ideas innatas a manera de vestigios *espirituales* muy desvanecidos de una vida *antecedente y superior*, dotadas de gran solidez por no originarse de los sentidos.

c) Descartes y Leibniz creyeron en la existencia de ideas *innatas*, como *divinamente* implantadas en la mente; y por tanto de eminente validez.

d) Kant defiende la existencia de *formas* innatas, que anteceden y condicionan *toda* experiencia, solo subjetivamente *necesarias* dentro del campo de toda experiencia posible; y *consiguientemente* desprovistas de todo significado de *realidad* en cuanto aplicadas a las cosas en *sí mismas*.

e) El asociacionismo niega la existencia de las ideas innatas y atribuye el carácter que presentan ciertas ideas de necesidad y universalidad a la constante *asociación* subjetiva o continuada experiencia de la vida propia individual.

absolutas e independientes, sin conexión ni dependencia; con la mera presencialidad del alma en la glándula pineal.

Pero el problema se facilita muchísimo, si en el hombre por estar alma y cuerpo íntima y substancialmente unidos, consideramos que el sujeto de acción y de atribución es único y siempre el mismo.

Por consiguiente, según esta teoría, el mismo es (el alma) quien ve, oye, toca, imagina con ayuda e inmediata cooperación de órganos corpóreos; y el mismo sujeto también, quien compara, abstrae, generaliza, piensa, juzga, ratiocina; aunque en tales actos obra el alma sola e independientemente de la materia.

Además, como el alma tuvo energías para convertir en visión, imaginación, y demás actos sensitivos, impresiones causadas por la materia pura, luz, sonido, etc.; estando la imagen de la imaginación íntimamente adherida al alma, ¿no podrá la misma o el entendimiento a ella adherido operar con su energía abstractiva sobre la imagen de la imaginación, algo así como con cierta reacción de simpatía, ya que sentidos y entendimiento son facultades propias del alma?

Como por razón de la unidad de sujeto de atribución, existe en todos los fenómenos humanos una general simpatía de facultades y de miembros, por la que de un modo casi automático unos acuden a socorrer y salvar a los otros sin conocerse; también nos es muy fácil concebir una como cooperación o acción de simpatía, por la cual el alma por medio del entendimiento inextenso entraría en una como reacción cognoscitiva de orden superior y racional, una vez puesta en contacto e inmediata adherencia de la imagen sensitiva, vehículo del mundo exterior.

Y por lo que al solipsismo idealista se refiere, lo que acabamos de decir nos puede dar la clave para solucionar la tan decantada dificultad del aislamiento absoluto del mundo exterior por parte de la mente humana encerrada en el cerebro.

No es así: pues por el proceso estudiado, el mundo exterior impresionando los sentimientos, éstos a su vez influyen en la imaginación productora de la imagen, la cual depurada, desmaterializada se imprime en el entendimiento: y éste como fecundado por la dicha impresión produce finalmente el concepto, o idea del ser existente en el mundo exterior (1).

(1) Descartes y Kant sacrifican miserablemente la razón en aras de la voluntad. Espinoza inmola la libertad ante el altar de la razón, y el materialismo imperante voluntad libre y razón ante la materia.

Por donde puede verse claramente la inconsistencia de todas las teorías idealistas.

Berkeley, por ejemplo, que, hablando con toda claridad, atribuye la idea que tenemos de un mundo extenso a engaño de Dios; el cual según dicho filósofo irlandés, habría infundido en nuestro espíritu la profunda convicción que tenemos de la existencia de la materia sin que ésta existiese.

Y Kant, muy principalmente, que priva nuestras ideas de todo valor epistemológico y significado noumenal; es decir, de toda referencia objetiva a los seres del mundo extramental, por opinar que todas nuestras ideas son puro efecto de fantasmagoría subjetiva, o de las formas a priori del entendimiento.

Establecida la virtud abstractiva (1) de nuestro entendimiento y su adherencia inmediata virtual al menos, sobre el fantasma, originado realmente del mundo exterior, podemos con toda confianza establecer que nuestras ideas son esencialmente expresión de realidades objetivas.

Es a mi juicio de tanta gravedad el presente problema, que su verdadera solución forma lo que al principio decíamos como el *divortium aquarum* de todos los sistemas filosóficos.

Pues de no admitirse tal fuerza abstractiva (2), el raciocinio in-

(1) Un cierto grado de abstracción es propio de toda facultad cognoscitiva, aun de las sensitivas.

La vista como estimulada únicamente por su propio excitante, la luz, y lo mismo pudiera aplicarse a cualquier otro sentido, arranca del mundo perceptible su objeto propio, superficie colorada, e ignora o deja todo lo demás.

Al hablar ciertos modernos escritores de la abstracción intelectual, la entienden en el sentido de una cierta omisión o ignorancia de atributos a los cuales el entendimiento no presta atención; mientras que abstracción en el lenguaje de Santo Tomás y demás escuelas tradicionales, significa muy principalmente una como atención de selección y preferencia a ciertos atributos, cuyo efecto sería la falta de atención a los demás.

(2) En el proceso mental de que hablamos conviene distinguir dos formas de abstracción: una inconsciente producción instintiva y automática de la representación de un ser precedida solamente por la acción de los sentidos y de la imaginación.

Y otra consciente, que poseedora de la representación primera, tiene intuición de los elementos esenciales de aquel ser del cual los sentidos y la imaginación como tales le presentaron solo un fantasma, es decir, un conjunto de apariencias, las mismas que aparecen en la conciencia de los irracionales, sin intuición de la substancia. La primera abstracción es instintiva; la segunda es selección consciente.

telectual está privado de fuerza demostrativa, quedando así reducida toda la ciencia humana o a la percepción exterior de los sentidos, o a la interior de la conciencia: y por lo tanto sin apoyo racional la ciencia de lo invisible, creado o increado, es decir de Dios y de la substancia creada, sobre todo la espiritual del alma, inaccesible a los sentidos.

Todo lo cual si así fuera, quedaría lógicamente establecida una psicología sin alma; rastrera descripción materialista de fenómenos fisio-psicológicos, desgraciadamente tan en boga hoy día en los centros oficiales de enseñanza superior. Por esta razón, desde Descartes, que no admitió más punto de apoyo sólidamente filosófico que la idea intuitiva clara y distinta, como la del Yo, que inmediatamente aparece en la conciencia del propio pensamiento hasta la intuición bergsoniana; ni empíricos, ni sensistas, ni idealistas, ni criticistas, ni agnósticos, ni positivistas han admitido más argumento de valer en ciencias y filosofía, que el de la experiencia interna o externa.

De donde lógicamente se seguirá la imposibilidad de probar racionalmente la existencia de Dios.

Y así, ante el mundo científico moderno, Dios no existe para la razón; tal es el santo y seña de las ciencias del día; en otras palabras, el grito de Comte: «Guerra al invisible creado e increado».

¿Qué hay, pues, que hacer? O negar con el ateísmo la existencia de Dios, o acudir como lo ha hecho el modernismo a los sentimientos del corazón, fundamentando en la arena movediza del corazón humano, que nunca subsiste en un mismo sentimiento la existencia incondicional, absoluta, indispensable, necesaria e incommovible de las causas, Dios, origen y fundamento de todo ser.

Tales son las ruinosas, pero legítimas consecuencias que se siguen de no admitir la fuerza y energía abstractiva de nuestro entendimiento.

Este es uno de tantos legados de la triste herencia que nos ha transmitido Kant, cuyo centenario se celebra este año. 1724-1924.

JUAN COROMINAS.